

LOS TUMULOS COLECTIVOS NO MEGALITICOS DE LA MESETA

CATALINA GALÁN y SAULNIER

La existencia en La Meseta de este tipo de yacimientos se conoce desde finales del siglo pasado, cuando se publicó la del Cementerio de Los Moros de Valdegeña, en Soria (Vilanova, 1872; Benito y Delgado, 1892; Vilanova y Rada, 1898), aunque sin embargo su correspondencia cultural y cronológica al Calcolítico no se planteó hasta el descubrimiento del monumento de La Atalayuela, en La Rioja (Barandiarán, 1973; Marcos Pous, 1973; Andrés Rupérez, 1973; Barandiarán, 1978).

Por otra parte, en publicaciones más recientes se puede observar la inclusión en este grupo de enterramientos colectivos no megalíticos de algunos yacimientos como el de Gallegos del Pan, en Zamora (Gómez Moreno, 1927) o el de Villanueva del Carrizo, en León (Luengo, 1941; Morán, 1950), que no sólo no habían sido identificados por quienes publicaron su existencia como tales «túmulos no megalíticos», sino que investigaciones actualmente en curso han puesto de manifiesto su condición de verdaderos monumentos megalíticos, en el caso del de Gallegos del Pan (Delibes y Santonja, 1986), o bien cuyas características, pese a la opinión de algunos investigadores (Delibes y Fernández Manzano, 1983), y basándonos en los datos proporcionados por quienes los publicaron por primera vez, no pueden identificarse con claridad, lo que nos obliga a considerarlos de tipo indeterminado, como es el caso del yacimiento leonés.

De cualquier forma, hasta la aparición de estos trabajos más recientes referidos a la Meseta (Delibes y otros, 1985; Delibes y Santonja, op. cit.), no se ha prestado demasiada atención a la presencia de este tipo de sepulturas colectivas en la Meseta Central de la Península Ibérica, y más concretamente en la Submeseta Norte, quedando así el monumento riojano como ejemplo casi único de los túmulos colectivos no megalíticos en el territorio peninsular, pero también es cierto que de esos mismos trabajos, y a raíz del descubrimiento del túmulo de El Miradero, en Villanueva de los Caballeros (Valladolid) se desprende la consideración de este tipo de enterramientos como propio de las poblaciones del Valle Medio del Duero, área en la que, al no ser fácil la extracción de piedra para la construcción de monumentos megalíticos, por sus características geomorfológicas, se adoptó la idea del enterramiento colectivo pero se adaptó de manera particular.

Ahora bien, por una parte el descubrimiento del sepulcro de corredor de Los Zumacales, en Simancas (Valladolid), no sólo indica la presencia del fenómeno megalítico «sensu stricto» en el Valle Medio del Duero, sino que, como señalan los propios Delibes y Santonja (op. cit.), deja abierta la posibilidad de que futuras investigaciones permitan confirmar la existencia de construcciones megalíticas en esa parte de la Submeseta Norte en la que hasta ahora solamente se intuía su existencia, y por otra, cuando realizamos nuestra Tesis Doctoral (Galán, 1986), tuvimos ocasión de comprobar que, atendiendo a los datos recogidos por Andrés Rupérez (1977) respecto a los túmulos no megalíticos de Alcáñiz y Fuencaliente de Medina, y Beltrán (1978) respecto al de Calatayud, y a la localización geográfica de los de Valdegeña y La Atalayuela, no sólo no podemos corroborar que este tipo de sepulturas sea característico del Valle Medio del Duero, sino que, siendo poco frecuente, al menos en el estado actual de las investigaciones, lo es más en la periferia de la zona oriental de la Submeseta Norte en el área central de la misma (fig. 1), hecho que, a la hora de buscar la relación de estas sepulturas meseteñas con las de otras áreas geográficas y culturales nos inclina a mirar fundamentalmente hacia el Levante Peninsular.

Pero, ¿qué conocemos de estos enterramientos y en qué podemos apoyarnos para buscar esas relaciones?

Realmente, salvo en el caso de La Atalayuela, la información con que contamos es muy escasa y desigual, partiendo de la base además de que desconocemos totalmente la relación que pueda existir entre estos yacimientos funerarios y los correspondientes asentamientos.

Por lo que a la morfología de estas sepulturas se refiere, sólo sabemos que en el caso de El Miradero y el Cementerio de Los Moros, se trata de «túmulos colectivos no megalíticos», descripción que también es aplicable a El Redondil (Sanzoles, Zamora), si bien de este yacimiento sabemos que tenía unos 15 m. de diámetro y alrededor de 1 m. de altura, y pienso que de su nombre se puede deducir que fuera de planta circular, y que los enterramientos aparecieron bajo una capa de piedras sueltas. Por último, y con respecto al yacimiento leonés de Villanueva del Carrizo, dado que según Luengo se trataba de un conjunto de materiales y restos humanos hallados a unos 2 m. de profundidad, creo que dicha descripción lleva a pensar más en una tumba de pozo que en uno de estos túmulos, pero, en cualquier caso, considero más conveniente tratar ese yacimiento como un hallazgo de morfología indeterminada.

En cuanto a los materiales que formaron parte de los ajuares funerarios depositados en estos túmulos no megalíticos de la Meseta, no resulta fácil analizarlos en conjunto, al ser muy desigual la información con que contamos sobre ellos. No obstante, dejando al margen los yacimientos de Alcáñiz, Calatayud y Fuencaliente de Medina, sepulturas que, como se ha señalado, quedan en la periferia meseteña y de las que, por otra parte, no tenemos noticia alguna sobre su contexto material, si lo tenían, y el de La Atalayuela, también por su localización periférica, ya real-

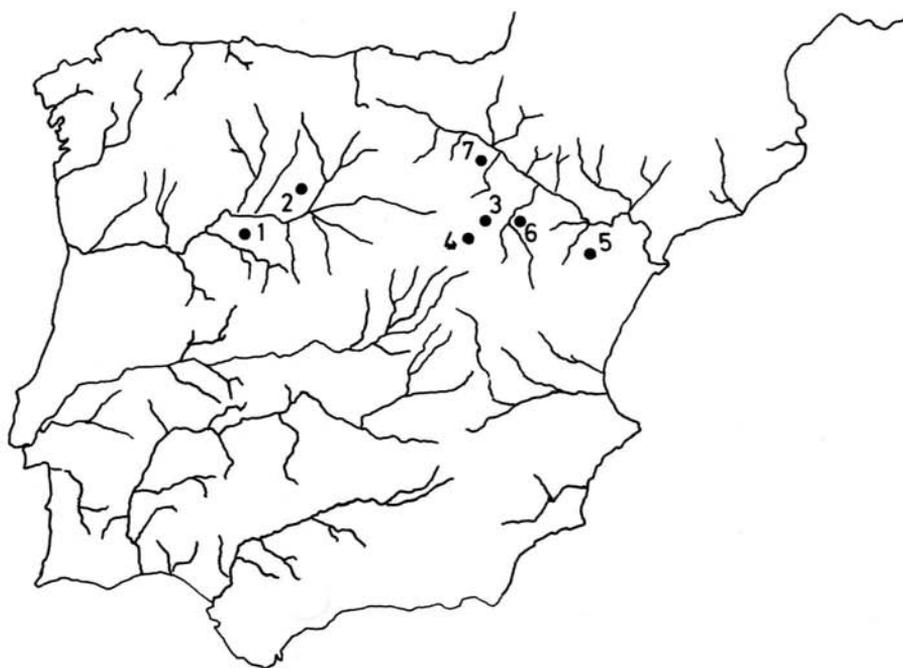


FIG. 1.—1. El Redondil (Sanzoles, Zamora). 2. El Miradero (Villanueva de los C., Valladolid). 3. Cementerio de los Moros (Valdegena, Soria). 4. Fuencaiente de Medina (Soria). 5. Alcañiz (Teruel). 6. Calatayud (Zaragoza). 7. La Atalayuela (Agoncillo, Rioja).

mente en el valle del Ebro (1), y teniendo en cuenta que de El Miradero sólo contamos con una referencia de conjunto (Delibes y Santonja, *Op. cit.*, pág. 154), hay algunos detalles que llaman inmediatamente la atención, como la esporádica presencia, en los tres yacimientos conocidos en Sanzoles, Villanueva de los Caballeros y Valdegeña, de armas, o la relativa frecuencia de aparición de objetos de hueso trabajado y las peculiaridades de algunos de ellos, así como la de útiles.

En síntesis pues, los materiales que han aparecido en estas sepulturas son los siguientes (fig. 2) (2):

(1) En este sentido he de señalar que, siendo La Meseta y el Valle del Ebro unidades geográficas bien diferenciadas, sin embargo la comunicación entre ambas es fácil por los pasos naturales del Sistema Ibérico y los valles de los afluentes y subafluentes del Ebro, por lo que no creo que el Sistema Ibérico fuese una barrera natural que llegase a serlo también cultural, de forma que el estudio de los túmulos no megalíticos meseteños implica una referencia obligada y casi continua al yacimiento riojano.

(2) La documentación gráfica ha sido tomada de la bibliografía de referencia de los yacimientos estudiados.

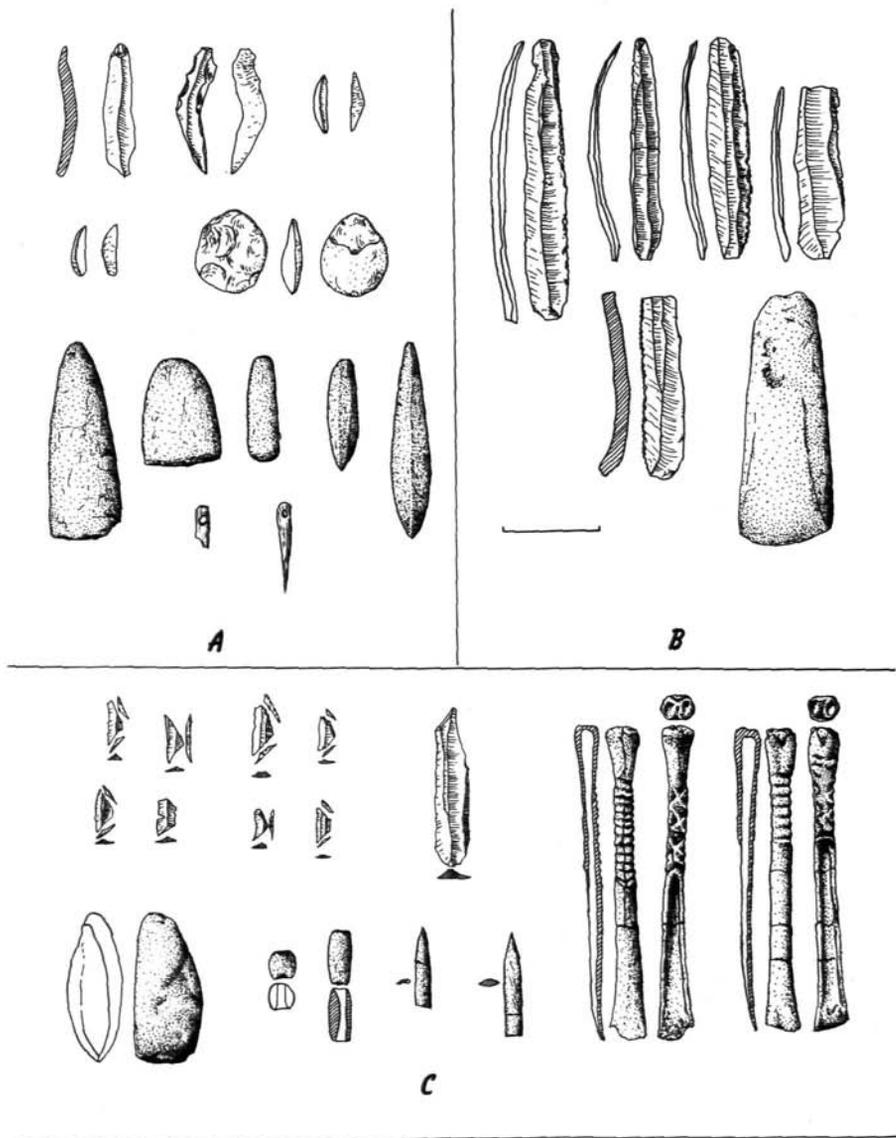


FIG. 2.—A: Cementerio de los Moros. B: Redondil. C: El Miradero.

Piedra tallada

- Útiles: cuchillos (en los tres yacimientos), raspadores (en el Cementerio de los Moros) y «monturas geométricas de sílex» (en El Miradero);
- Armas: una punta de flecha en el Cementerio de los Moros, cuya morfología no he podido identificar, y dos puntas de retoque plano halladas en un enterramiento localizado en la periferia del túmulo de El Miradero.

Piedra pulimentada

- Útiles: hachas pulimentadas, presentes en los tres yacimientos (y ausentes sin embargo en La Atalayuela). En el Cementerio de los Moros se recogió también un objeto descrito por los autores como una pequeña «gubia»;
- Objetos de adorno: cuentas de collar esféricas y «de tonelete», solamente en El Miradero.

Hueso trabajado

- Útiles: agujas con perforación basal (en el Cementerio de los Moros) y fragmentos de punzones o perforadores (en El Miradero).
- Objetos de adorno: espátulas sobre huesos de ovicápridos, con decoración acanalada, en El Miradero.

CERÁMICA: aunque en la bibliografía de referencia sólo se cita explícitamente su presencia en el Cementerio de Los Moros, si bien únicamente se indica que se trata de cerámica hecha a mano (lo que hace suponer que se tratase de cerámica lisa con formas simples, pues de lo contrario es muy posible que se hubiese especificado), sin embargo la documentación gráfica publicada referente a El Miradero (Delibes y Santonja, op. cit., lám. III.2), permite observar la presencia en ese yacimiento de cerámica lisa, concretamente una olla de cuello bastante alto y al parecer cilíndrico.

Así pues, todo parece indicar, por una parte sensibles diferencias entre el contexto material de estos túmulos y el de su paralelo más cercano, La Atalayuela, pues faltan en ellos materiales tan significativos como los objetos de cobre, los botones de perforación en V y la cerámica campaniforme, y por otra, la correspondencia de estos enterramientos a unas poblaciones no muy diferentes de las que utilizaron los monumentos megalíticos meseteños, en tanto que practicaron el enterramiento colectivo y depositaron como ajuares objetos similares a los que aparecen en muchos de estos (cuchillos de piedra tallada, hachas pulimentadas, microlitos, etc.) o en alguno también meseteño —espátulas como las de El Miradero han aparecido también en el sepulcro de corredor de Simancas (Delibes y Santonja, op. cit.) o geográficamente próximo —es evidente que el paralelo extrameseteño más cercano de esas espátulas vallisoletanas se halla en el monumento de San Martín, en

La Guardia, como señalaron dichos autores—, pero que tampoco debieron ser exactamente las mismas.

Los aspectos que mejor indican esta diferencia son:

— El hecho de que no se trata de monumentos megalíticos, y hoy no podemos decir que ello se deba a la dificultad para conseguir piedra de construcción en las zonas donde se encuentran, puesto que la existencia de monumentos en Zamora es conocida desde antaño, su presencia en el área soriana fue señalada, concretamente en Vinuesa, por H. Losada (1976) y se ha visto confirmada recientemente por el hallazgo del monumento del Alto de Tejera, en Carrascosa de la Sierra (Domenech, 1986), y el descubrimiento del sepulcro de Simancas parece indicar la existencia de un grupo megalítico hasta ahora representado solamente por hallazgos de características bastante imprecisas, como el de Unión de Campos, pudiéndose añadir a todo ello el hecho de que los túmulos colectivos de la periferia meseteña tampoco se hallan demasiado alejados de lugares en los que hay monumentos megalíticos, como es el caso de La Atalayuela y los monumentos de la Sierra de Cameros.

— Muy relacionado con esto, el hecho de que estos túmulos se hallen precisamente en las áreas meseteñas donde, aun estando presentes, los monumentos megalíticos parecen ser muy escasos, a diferencia de otras zonas de la propia Submeseta Norte, como el área occidental de Zamora y la actual provincia de Salamanca, o la oriental, ocupada por la actual provincia de Burgos.

— Por último, y junto a la usencia de los materiales antes señalados (abundantes puntas de flecha de sílex, metal, cerámica campaniforme, etc.), cuya presencia en muchos monumentos meseteños, aunque no generalizada ni uniforme, denota la larga utilización de éstos, destaca la relativa frecuencia con que aparecen en estos túmulos no megalíticos los objetos de hueso trabajado, y en esto sí podemos ver alguna relación con La Atalayuela, donde se hallaron una punta de flecha, un botón de perforación en V y una aguja de orejeta perforada, objetos que sin embargo se encuentran de forma esporádica en los monumentos megalíticos de la Meseta (Galán, op. cit.).

Por otra parte, y por lo que a la forma de sus enterramientos se refiere, poco es también lo que sabemos de estos túmulos, ya que sólo contamos con algunos datos relativos a las sepulturas de El Redondil, donde aparecieron restos de alrededor de 10 individuos recubiertos, según Sevillano (1978), de polvo de cinabrio, y el Cementerio de los Moros, túmulo en el que se hallaron restos de al menos 15 individuos, 3 de ellos depositados «horizontalmente» sobre los restos amontonados de los demás. Estos datos, aunque escasos y no muy esclarecedores, permiten observar una gran diferencia con La Atalayuela respecto al número de enterramientos —unos 80 en el yacimiento riojano, según Barandiaran (1978)—, y plantear la posibilidad, por una parte de que en el caso de El Redondil, se trate de inhumaciones secundarias (de individuos cuyos huesos habrían sido cubiertos de polvo rojo una vez descarnados), a menos que pensemos que la coloración de los restos a que se refiere Sevillano sea consecuencia del contacto de las tierras que los cubrieron con tejidos teñidos de color rojizo, y por otra de que en el Cementerio de los Moros haya testimonio de una continua utilización de la sepultura, lo que explicaría que

apareciesen amontonados los restos de los enterramientos efectuados con anterioridad a la deposición de los de estos tres individuos que aparecieron encima y que bien pudieron corresponder al último enterramiento efectuado allí, detalles ambos que también indicarían una sensible diferencia con La Atalayuela, en tanto que las inhumaciones de este yacimiento son de carácter primario y, según Barandiaran (1978), efectuadas de forma simultánea.

Personalmente no creo que La Atalayuela sea un enterramiento simultáneo, entre otras razones porque el propio Barandiaran hace alusión en diferentes publicaciones (Barandiaran, 1973 y 1978) a la existencia de una estratigráfica horizontal, deducible de las diferentes concentraciones de materiales, del agrandamiento de la sepultura en un determinado momento, de diferencias en el número de «capas» de inhumaciones depositadas en unas y otras zonas de la misma, etc., pero éste es un tema en cuya discusión no voy a entrar ya que, de cualquier forma la información que tenemos de los túmulos meseteños es demasiado escasa e imprecisa para poder establecer comparaciones, aunque es de esperar que el estudio de yacimientos como el de El Miradero, cuya primera publicación monográfica, aunque no hemos podido consultarla aún, sabemos que se encuentra en prensa (Delibes y Santonja, op. cit., pág. 160) arroje alguna luz sobre las características de estos enterramientos.

El análisis de los rasgos que caracterizan a estos túmulos no megalíticos de la Submeseta Norte nos lleva inmediatamente a preguntarnos quienes y cuándo enterraron aquí a sus muertos, si se trata de las manifestaciones funerarias de la población indígena meseteña cuyo origen habría que buscarlo en un Neolítico que aún no conocemos demasiado bien, o por el contrario estos túmulos colectivos son el exponente del asentamiento en La Meseta de grupos procedentes de áreas geográfica y culturalmente diferentes, si son sólo una modalidad del resultado de la adopción del rito de inhumación colectiva por parte de unos grupos mientras que la construcción de monumentos megalíticos o la utilización de cuevas naturales lo sería por parte de otros, o si representan la llegada a la Meseta de gentes y/o influencias de diferente carácter y origen que las que dieron lugar a la aparición y desarrollo del verdadero megalitismo meseteño.

Aunque el yacimiento de Valdegeña fue clasificado en principio como neolítico, y aunque Marcos Pous (1973) clasificó el de La Atalayuela como correspondiente al Neolítico Final o a comienzos de la Edad del Bronce, lo cierto es que la mayoría de los autores coinciden al considerar estos yacimientos como eneolíticos o calcolíticos, dependiendo del significado que atribuye a estos términos cada uno de ellos tanto en sentido cultural como cronológico, de forma que las opiniones de los distintos autores se pueden sintetizar de la siguiente forma:

— Para Andrés Rupérez (1977) las sepulturas en fosa colectivas como las de La Atalayuela, Fuencaliente de Medina, etc., que según la autora son una variable de los sepulcros de fosa, son calcolíticas tanto por sus materiales, relacionados con los de los abrigos sepulcrales bajoaragoneses, como por su rito funerario colectivo, siendo indiferente la presencia de cerámica campaniforme a los distintos tipos de sepulturas.

— Delibes (1977), para quien la diferencia entre Eneolítico y Calcolítico estriba en la ausencia en el primero y la presencia en el segundo de cerámica campaniforme, considera eneolíticos estos túmulos de la Submeseta Norte, señalando que junto con las cuevas sepulcrales, representan la adopción del ritual funerario propio del megalitismo por la población indígena meseteña, y situando su aparición a comienzos del III milenio. La consideración de estas sepulturas como «paramegalíticas» ha llevado posteriormente al propio Delibes a remontar su cronología, al establecer su comparación con el megalitismo meseteño y también a raíz de la observación de las diferencias existentes entre ellos, y a considerar las sepulturas de Sanzoles y Valdegeña, e incluso el yacimiento de Villanueva del Carrizo, como propios de las gentes del utilaje lítico laminar que habitaron el valle medio del Duero durante el III milenio, identificando también como túmulos no megalíticos los yacimientos de Gallegos del Pan y La Atalayuela, señalando de nuevo sus paralelos con los monumentos megalíticos en cuanto al rito funerario y a su contexto material, sean fosas o túmulos, especificando que si bien no todos han de corresponder al comienzo del megalitismo, pues La Atalayuela debe fecharse a finales del III milenio, sin embargo los más antiguos son coetáneos, si no anteriores, a los primeros sepulcros megalíticos de la Meseta (Delibes y Fernández, Manzano, op. cit., págs. 23-26), e íntimamente relacionado con ellos, ya que para los autores, en el valle medio del Duero si no prendió el fenómeno dolménico, sí lo hizo el complejo cultural megalítico. Finalmente, y en cuanto a la cronología de estos yacimientos, dichos autores los consideran correspondientes al Neolítico Final, al menos de finales del IV milenio, cronología que se ha visto confirmada por las fechas absolutas de 3205 y 3165 a. C. obtenidas para el túmulo de El Miradero (Delibes y otros, 1985) y anteriores al comienzo de la metalurgia peninsular que sitúan hacia el 2500 a. C., dejando abierta la posibilidad de que los paralelos con el megalitismo salmantino-zamorano puedan indicar que esas gentes de las industrias laminares pervivieran en el Calcolítico, ya en la segunda mitad del III milenio, y de que tal vez fuesen quienes introdujesen la metalurgia en el área leonesa, aunque de cualquier forma, la presencia en la cuenca media del Duero del vaso campaniforme asociado a otro tipo de sepultura, la fosa individual, indicaría que hacia el 2000 a. C. esas sepulturas de carácter colectivo habrían dejado de utilizarse (Delibes y Santonja, op. cit.).

Personalmente creo que la información que hoy tenemos acerca de estos túmulos no megalíticos meseteños, aunque deficiente, permite sin embargo enfocar de otra forma el problema de su clasificación cultural y cronológica.

Es evidente que las fechas absolutas de El Miradero hablan por sí solas, pero pienso que también lo es, por una parte que no resulta fácil ver su relación con los sepulcros de fosa, como propuso Andrés Rupérez, o con las sepulturas en fosa campaniformes, como propuso Barandiaran (1978), en ambos casos fundamentalmente porque se trata de sepulturas asociadas al rito de inhumación individual y no colectiva, y respecto a los sepulcros de fosa porque, al menos por lo que hoy

(3) El significado etimológico de ambos términos es el mismo; la diferencia estriba en que «calcolítico» es de raíz griega y «eneolítico» de raíz latina.

sabemos, es una facies cultural neolítica, propia del área catalana pero no identificada en La Meseta, por lo que difícilmente podemos considerarlos como el origen de los túmulos que nos ocupan. Por otra parte, creo también que si bien es patente que entre túmulos colectivos y monumentos megalíticos meseteños existe una relación, como lo demuestra el hecho de que ambos sean sepulturas colectivas y en sus contextos materiales haya elementos comunes, también lo es que hay claras diferencias entre las características de ambos contextos —en los monumentos megalíticos son mucho más frecuentes las puntas de flecha, la cerámica y las cuentas de collar, por ejemplo, y mucho menos los objetos de hueso, y aparecen materiales que no lo hacen en los túmulos, como se ha señalado más arriba—, así como en cuanto a la dispersión geográfica de ambos tipos de enterramientos, de forma que no considero conveniente la denominación de «paramegalíticos» para estos túmulos meseteños.

Creo, sin embargo, que teniendo en cuenta su localización geográfica, su mayor influencia de aparición en la periferia oriental de la Submeseta Norte, su posible semejanza morfológica con algunos «rundgräber» almerienses, semejanza que ya planteó Andrés Rupérez para La Atalayuela (1973), y sobre todo la aparición en El Miradero de esas espátulas de hueso cuya decoración recuerda enormemente a los alfileres y colgantes de cabeza acanalada, tan bien representados en el SE y el Levante peninsulares (Nieto Gallo, 1959), hay argumentos suficientes al menos para plantear la hipótesis de que la presencia en La Meseta de este tipo de sepulturas tenga alguna relación con la aparición en este área geográfica de otros elementos de origen mediterráneo como el brazalete de pectúnculo del sepulcro de Cubillejo de Lara (Osada y otros, 1971), los objetos de adorno fabricados sobre conchas marinas de las sepulturas del Canyaret de Pallisetes (Bosch Gimpera, 1920) y Mezquita de Loscos (Teruel) (Andrés Rupérez, 1977), el ídolo de tipo cicládico cuya presencia citan G. y V. Leisner (1943) en el monumento de El Portillo de Las Cortes (Guadalajara) o los ídolos oculados del Cerro de Juan Barbero (Martínez Navarrete, 1984), elementos que en algunos casos aparecen en yacimientos localizados en zonas con yacimientos de minerales de cobre, lo que nos llevó en su momento (Galán, op. cit.) a plantear la posibilidad de que la presencia en La Meseta de dichos elementos de origen mediterráneo fuese la consecuencia de la penetración hacia el interior de gentes procedentes del SE en busca de los yacimientos de cobre existentes en ella.

Ya Savory (1979) señaló la relación entre el fragmento de hueso con decoración acanalada del monumento alavés de San Martín —el mejor paralelo, como se ha visto, para las espátulas de El Miradero y el sepulcro de corredor de Los Zumacales— y los alfileres y colgantes con decoración semejante de Almería, señalando también que se trata de un objeto relacionable así mismo con otros hallados en otras regiones europeas como Irlanda, y no podemos olvidar que esos objetos de adorno con decoración acanalada aparecen también en algunas tumbas de las fases iniciales de la Cultura de Almería correspondientes, según Acosta y Cruz-Auñón (1983) al Calcolítico antiguo, y «... a una sociedad en transición que mantiene formas y usos

en algunos materiales de tradición neolítica y que asimila e incluso impone formas de comportamiento calcolíticas» (Acosta y Cruz-Auñón, op. cit., pág. 344).

Aunque es la cronología obtenida para el yacimiento meseteño de Las Pozas (mediados del III milenio) la generalmente aceptada para el comienzo de la metalurgia del cobre en La Meseta, creo sin embargo que posiblemente su comienzo fuese bastante anterior, a menos que no exista ninguna relación entre la existencia de monumentos megalíticos como el de Ciella (Delibes y otros, 1981), fechado por C-14 en 3400 a. C., o el de Cubillejo de Lara, con un brazalete de pectúnculo, y su localización, como la de otros muchos meseteños, en zonas con yacimientos de minerales de cobre (Galán, op. cit.). Pienso que, aún admitiendo que tal vez esa fecha de Las Pozas indique los primeros momentos de la producción más o menos «masiva» de objetos metálicos en La Meseta, es posible que la búsqueda y explotación del cobre meseteño bien pudieron comenzar antes, y desarrollarse en función de los contactos y la demanda de focos culturales localizados en áreas deficitarias en cobre, como la desembocadura del Tajo y el SE. Ese contacto desde comienzos del Calcolítico peninsular entre el SE y La Meseta, explicaría la presencia en ella, y especialmente en las zonas más orientales, tanto de objetos de origen mediterráneo, como los objetos fabricados en conchas marinas, como de elementos del SE y Levante o claramente relacionados con ellos, importados o imitados tal vez, como esas espátulas con decoración tan semejante a la de los alfileres y colgantes de cabeza acanalada, o un tipo de sepultura «inspirado» en los «rundgräber» almerienses, si admitimos su relación con estos túmulos no megalíticos meseteños, todo lo cual confirmaría las viejas teorías de Bosch Gimpera y otros investigadores acerca de la penetración en La Meseta de las influencias de la tantas veces discutida Cultura de Almería.

Así pues, si admitimos que la presencia en la Meseta de los túmulos colectivos no megalíticos y esas espátulas decoradas está en función de una relación entre la propia Meseta y el foco cultural que representa los comienzos del Calcolítico en el SE, teniendo en cuenta que los objetos de adorno con decoración acanalada aparecen en sepulturas almerienses de las primeras fases de ésta, y teniendo en cuenta también la cronología del túmulo de El Miradero, y la ausencia en esos meseteños cuyos materiales conocemos de ídolos tipo Millares, cerámica campaniforme y metal, podemos considerar los túmulos de La Meseta correspondientes a una etapa que denominaríamos Neolítico Final-Calcolítico Antiguo y situar cronológicamente entre mediados del IV milenio y mediados del III, y dado que el Cementerio de los Moros de Valdegeña es el único de estos yacimientos que se encuentra más o menos próximo a una zona con minerales de cobre (Aldehuela de Periháñez), a la vista de la localización geográfica de los mismos, todo parece indicar que corresponden a poblaciones campesinas cuya presencia en La Meseta tal vez esté en función de la explotación del potencial agropecuario de la misma y, al menos en parte, en función de la demanda de un área poco apta para la agricultura y la ganadería como es la almeriense, hipótesis que evidentemente queda condicionada a que futuros descubrimientos permitan confirmarla o rebatirla.

Bibliografía

- ACOSTA, P. y CRUZ-AUÑÓN, R.: «Los enterramientos de las fases iniciales de la «Cultura de Almería». *Habis*, 14, 1983, págs. y siguientes.
- ANDRÉS RUPÉREZ, M. T.:
- «El túmulo de la Atalayuela en Agoncillo (Logroño): Las estructuras tumulares del valle del Ebro». *Miscelánea de Arqueología Riojana*. Logroño, 1973, págs. 127 y ss.
 - «Nuevo sepulcro calcolítico en Teruel». *Actas XVI C.A.N.*, 1977, págs. 241 y ss.
 - «Las estructuras funerarias del Neolítico y Eneolítico en la Cuenca Media del Ebro. Consideraciones críticas». *Príncipe de Viana*, 146-147, año 38-1977, págs. 65 y ss.
- BARANDIARAN MAESTU, I.:
- «Nota preliminar sobre el enterramiento colectivo de La Atalayuela en Agoncillo (Logroño)». *Miscelánea de Arqueología Riojana*. Logroño, 1973, págs. 79 y ss.
 - «La Atalayuela. Fosa de inhumación del Eneolítico en el Ebro Medio». *Príncipe de Viana*, 152-153, 1978, págs. 381 y ss.
- BELTRÁN, A.: *De Arqueología Aragonesa. I*. Ed. Herald de Aragón, S. A., Zaragoza, 1978.
- BENITO DELGADO, F.: «Estación prehistórica de Valdegeña en la provincia de Soria». *B.R.A.H.*, XX, 1892, págs. 615 y ss.
- BOSCH GIMPERA, P.: «El sepulcre el Canyaret a Calacete». *A.I.E.C.*, VI, 1915-20, 1920, págs. 457 y ss.
- DELIBES DE CASTRO, G.: «Poblamiento Eneolítico en la Meseta Norte». *Sautuola*, II. 1977, págs. 141 y ss.
- DELIBES, G. y otros: «Dólmenes de Sedano. I. El sepulcro de corredor de Ciella». *N.A.H.*, 14, 1983, págs. 149 y ss.
- DELIBES, G. y FERNÁNDEZ MANZANO, J.: «Calcolítico y Bronce en tierras de León». *Lancia*, 1, 1983, págs. 19 y ss.
- DELIBES, G. y otros: *Historia de Castilla y León, I. La Prehistoria del Valle del Duero*. Ed. Ambito, S. A. Valladolid, 1985.
- DELIBES, G. y SANTONJA, M.: «Aspectos generales del fenómeno megalítico de la Submeseta Norte». *Actas de la Mesa Redonda sobre Megalitismo Peninsular*. Madrid, 1986, págs. 145 y ss.
- DOMENECH ESTEBAN, M.: «Hallazgo de un dolmen en la provincia de Soria». *Revista de Arqueología*, año VII, núm. 58. 1986, pág. 64.
- GALÁN y SAULNIER, C.: «Calcolítico y Bronce Inicial en La Meseta. Los enterramientos». Tesis Doctoral (c.p.), 1986.
- GÓMEZ MORENO, M.: *Catálogo monumental de España. Provincia de Zamora*. Ministerio de Educación y Ciencia. Madrid, 1927.
- LEISNER, G. y V.: *Der Megalithgraber der Iberischen Halbinsel. Erster Teil. der Suden*. Berlín, 1943.
- LOSADA GÓMEZ, H.: «El dolmen de Entretérminos (Madrid)». *T. P.*, 33, 1976, págs. 209 y ss.
- LUENGO, J. M.: «El período eneolítico y la Edad del Bronce en la provincia de León». *Corona de Estudios*. S.E.A.E.P., I. 1941, págs. 125 y ss.
- MARCOS POUS, A.: «Trabajos del Seminario (...) en la Provincia de Logroño durante los años 1965 y 1966». *Miscelánea de Arqueología Riojana*, Logroño, 1973, págs. 9 y ss.
- MARTÍNEZ NAVARRETE, M. I.: «El comienzo de la metalurgia en la provincia de Madrid. La cueva y Cerro de Juan Barbero (Tielmes, Madrid)». *T. P.*, 41. 1984, págs. 17 y ss.
- MORÁN BARDÓN, C.: *Excursiones arqueológicas por tierras de León*. León, 1950.
- NIETO GALLO, C.: «Colgantes y cabezas de alfiler con decoración acanalada: su distribución en la Península Ibérica». *A. P. L.*, VIII, 1959, págs. 125 y ss.
- SAVORY, H. N.: «The role of Iberian communal tombs in Mediterranean and Atlantic Prehistory», en *Ancient Europe and the Mediterranean*. Ed. V. Markovic. Warminster, 1979, págs. 161 y ss.
- SEVILLANO CARVAJAL, V.: *Testimonio arqueológico de la provincia de Zamora*. Zamora, 1978.

- OSABA, B. y otros: «El dolmen de Cubillejo de Lara de los Infantes (Burgos)». N.A.H., XV, 1971, págs. 109 y ss.
- VILANOVA, J. y RADA, J. de D.: «Geología y Protohistoria Ibéricas», en *Historia General de España*. Real Academia de la Historia. Madrid, 1898.
- VILANOVA y PIERA, J.:
- «Habitaciones palaustres en la provincia de Soria». B.R.A.H., XX, 1872, pág. 619 y ss.
 - «Prehistórico español. Epoca neolítica o de la piedra pulimentada». Museo Español de Antigüedades, I. 1872, págs. 541 y ss.
 - «Estudio sobre lo Prehistórico Español». Museo Español de Antigüedades, I. 1872, págs. 129 y ss.